

dad y en sus desamparos interiores se acuerdan de Jesucristo, el cual en su agonía redoblaba su diligencia acostumbrada y oraba mas prolija y fervorosamente que en otras ocasiones. Se acuerdan de lo que dice san Bernardo: que muchos se quejan de la devocion, cuando la devocion tendria que quejarse de ellos, porque solo la practican por el bien parecer y por ceremonia. Cuando todo les sale á medida del paladar, todo son fervor y fuego; pero al primer revés caen en tierra mas frios que el hielo. Les falta el valor y la resolucion: no tienen manos para obrar, ni pies para andar, ni lengua para hablar, ni corazon para querer. ¡Oh cuán distantes estan de la verdadera devocion y de las disposiciones que tenia la madre de Dios!

§. VII.—De su generosa humildad y cómo debe ser imitada por todos.

*La humildad de la Virgen fué muy profunda y animosa.*

I. La humildad, que es segun S. Cipriano (1) la introduccion á la vida devota, el apoyo de las otras virtudes y la confianza del alma deseosa de agradar á Dios, fué en la Virgen muy profunda, animosa y reconocida. Fué muy profunda en la estimacion que hizo de sí, no reconociendo en lo que le pertenecia de suyo, mas que inclinacion al mal, miseria, bajeza, nada. Eso y no otra cosa quiso significar segun doctos intérpretes (2) cuando protestó en su cántico que Dios habia atendido á la bajeza de su sierva y que el Omnipotente habia obrado en ella grandes cosas. Fué muy profunda, porque su corazon no se desconoció por ningunas gracias

(1) Orat. de nativ. Christi. sen., Maldon., in cap. II Lucæ.

(2) Teofilact., Eutim., Jan-

que recibiera, ni por ninguna excelencia á que se viera ensalzada. Fué muy profunda en el desprecio de las alabanzas de los hombres y no menos en la turbacion que se apoderó de su espíritu cuando el ángel la saludó llena de gracia y añadió: *El Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres*. Fué muy profunda en ocultar las mercedes que recibió del cielo, aun á los que podian saberlas por otro lado y hasta á su digno esposo, cuya fidelidad, prudencia é integridad le eran enteramente conocidas, y cuando podia parecer que estuviese obligada para salvar su honor y tranquilizar á aquel santo varón. Fué muy profunda en anticiparse á visitar á su prima; en lo cual, dice S. Buenaventura, se mostró sierva fiel y muy diferente de Agar, que despreció á su señora asi que tuvo un hijo. Fué muy profunda en sufrir la confusion y la contradiccion, atento á que todas las calumnias esparcidas contra su hijo y todas las injurias que recibia este, recaian sobre ella y le traspasaban el corazon de parte á parte sin hacer ella ninguna demostracion. Fué muy profunda en su conversacion, la cual dió siempre fiel testimonio de la humildad que moraba en su alma. Fué muy profunda en su silencio, en elegir el último lugar y el empleo mas bajo, en su trato con las personas de humilde esfera, en una palabra en todo lo que puede descubrir una alma enteramente anonadada delante de Dios.

II. Con todo no impidió esto que su humildad fuese muy animosa, porque aunque se reputara del todo indigna de las gracias mas pequeñas del cielo, no dejaba de aceptar las de mas entidad cuando le eran presentadas y veia en ellas la mayor gloria de Dios. Así es cierto que no hay nada mas generoso que la verdadera humildad, la cual desconfiando enteramente de sí misma se funda y apoya en Dios como en una piedra firmisima.

La humildad de la Virgen fué muy reconocida. *Basileo*

III. En fin la humildad de la Virgen fué muy reconocida, segun se ve claramente en la ocasion siguiente. Cuando su prima Isabel llena del Espiritu Santo comenzó á bendecirla llamándola madre de su Señor, admirándose de que se habia bajado hasta visitarla y de que su hijo habia dado saltos de gozo en sus entrañas con solo oír la palabra de ella, alabando su gran fé y diciéndola bienaventurada por haber creído las palabras del ángel; María por el contrario apartando el pensamiento del discurso de santa Isabel y levantándole á Dios entonó su misterioso cántico, como si hubiera dicho: Querida prima, tú me engrandeces á mí; pero mi alma engrandece al Señor, el único autor de todos esos bienes. Tú te admiras de que vengo á tí; pero yo me quedo asombrada considerando que el Dios de la majestad se ha abatido hasta mí. Tú te sorprendes de que tu hijo ha dado saltos de gozo en tus entrañas; pero mi alma se inunda de contento por la honra que Dios recibirá un día de estos admirables misterios. Tú dices que soy bienaventurada por haber creído las palabras del ángel; mas yo me reconozco infinitamente obligada á Dios por su gran misericordia y porque ha puesto sus ojos en mí, la mas vil criatura de las nacidas (1).

IV. El que quiere, dice S. Gregorio, levantar una torre alta, echa los cimientos profundos á proporcion; y el que intenta edificar la torre de la perfeccion, ha de fundarla en una humildad profundisima. Los que tienen afecto á esta virtud singular, en todas partes hallan mo-

(1) Véase la adición de la en la nota M al fin del tomo. madre M. J. de Blemur, que va

tivos de ella; porque si se contemplan á sí mismos y ven lo que les pertenece, al momento caen en el abismo profundo de su nada. Si llegan á considerar qué han venido á ser por el pecado, hallan que han rodado de precipicio en precipicio y al cabo han caído en otro abismo mas profundo que el primero. Si ponen los ojos en la reina de los ángeles, que no reconoce en sí mas que bajeza y abyeccion, aunque sea elegida para madre de Dios, todavía quisieran bajar mas. Pero cuando consideran á un Dios enclavado en la cruz y profundamente anonadado, entonces desearian poder abismarse en el abatimiento; entonces son aun menos en su estimacion: entonces juzgan en verdad que lo mas vil es demasiado honroso para ellos; entonces se tienen por dignos de todo desprecio y experimentan una sed insaciable de oprobios y de ignominias.

V. Si no obstante Dios por su infinita misericordia quiere recompensarlos con algun don ó hacerlos instrumentos de algun bien, son generosos y magnánimos hasta no mas; porque desde la profundidad de su abismo suben hasta el trono de la majestad divina y les parece que en cierto modo han sido hechos omnipotentes como él. Digo que suben, pero por otros escalones que aquellos por donde habian bajado. Con efecto, inmediatamente olvidan lo que son de suyo y lo que han venido á ser por el pecado, y desprecian todas las consideraciones que pudieran abatirlos, para reanimarse por medio de nobles pensamientos dignos de la grandeza de aquel en quien realmente se apoyan. Traen á la vista la gracia de la divina adopcion, por la cual fueron ensalzados á la semejanza de Dios y hechos herederos de todos sus bienes. Se anegan en las dulcedumbres infinitas del corazon amante de Jesus, donde el amor y la confianza los han hecho hallar un lugar, que no dejarian por todas las vanidades del mundo. Ven claramente que nada puede

igualar los méritos del mismo Salvador, que se digna de ponerles en las manos el precio de ellos. La experiencia los hace palpar que nada hay imposible para los que saben valerse de ellos como es debido, y que hasta mudan el corazón de Dios si lo intentan. A la sombra de tales sentimientos suben de escalon en escalon hasta la participacion de la omnipotencia de Dios, y cuanto mas suben, mas crece en ellos la confianza y se aumenta su valor; cuanto mas experimentan la fidelidad de Dios, mas conocen que tienen razon de confiar en él; cuanto mas se disponen á hacerle señalados servicios, mas adelantán por ellos en la gracia y amistad del Señor.

VI. El agradecimiento se aumenta en ellos con el ánimo y con la poca estimacion que tienen de sí, porque como ven claramente que de sí no tienen nada mas que la pobreza y la miseria, y no obstante Dios no deja de valerse de ellos para obrar á veces grandes cosas, le ofrecen en holocausto todo el honor que redundá de sus actos. Guárdanse bien de tocar á la gloria que él se ha reservado singularmente, porque saben que nada es mas á propósito á hacerlos perder todo favor que el usurpar esa posesion de Dios, tan querida para él como la niña de sus ojos. Así acumulan un capital de méritos inestimable, y ellos mismos no saben decir lo que ganan: tan bueno y generoso es el Señor para con los que le son fieles.

§. VIII.—De su gran paciencia y cómo debe ser imitada por todos.

*La paciencia de la Virgen fué muy heróica.*

I. La paciencia, que segun el apóstol Santiago purifica las almas y las hace mas perfectas (1), fué muy heróica y cumplida en Maria santísima.

(1) Epist. cathol., I.

II. Fué muy heróica, porque si las penas del espíritu son incomparablemente mayores que las del cuerpo, ¿cuáles debieron de ser las de la Virgen, cuando vió la perplejidad de su esposo José, cuando inundaron su alma torrentes de angustia y amargura y cuando fué traspasada con el cuchillo de dolor? Si el amor es la medida de la pena, ¿qué no debió de sufrir ella viendo que su amado hijo padecía extrema pobreza y miseria al venir al mundo? ¿Qué dolor no sentiria al verle bañado en su sangre á los ocho dias y poco despues amenazado de muerte y obligado á huir á Egipto? ¿Qué dolor no sentiria cuando le perdió á la edad de doce años, cuando oyó que le apellidaban samaritano, endemoniado, ébrio, seductor é infractor de la ley? ¿Qué dolor sobre todo no sentiria cuando supo que era condenado á morir en cruz como un malhechor? Si el ver padecer á una persona querida nos causa sentimiento y pena, ¿cómo estaria el alma de aquella madre sin par, cuando su hijo, inocente cordero, fué prendido, maniatado, llevado por las calles de Jerusalem de tribunal en tribunal, insultado y maltratado por la insolente soldadesca y el populacho desenfrenado? ¿Cómo estaria el alma de la bendita señora cuando le vió abofeteado, escupido, azotado, acardenalado, llagado, clavado, abrevado de hiel y vinagre, blasfemado y maltratado de todos los modos imaginables? Si es necesario un corazón de buen temple para sufrir la separacion del objeto amado y verle morir á fuerza de suplicios; ¿en qué estado se encontraria el de Maria, cuando su hijo se despidió de ella desde la cruz y le dió en vez del maestro el discípulo y en vez de Dios el hombre? Si el punto mas alto de la paciencia consiste en padecer los mayores males con firmeza y resolucion, confesemos que fué heróica la de la Virgen, pues que vió padecer tan extremados males al mejor hijo, le vió espirar y le tuvo muerto en sus brazos sin cambiar de

color, sin inmutarse y sin dar ninguna señal de flaqueza. Aquí tendria yo infinitas cosas que decir, si con otro motivo no hubiera pintado con vivos colores la espada de dolor que traspasó el corazon de la Virgen, y la paciencia increíble con que sufrió esa herida mortal (1).

*La paciencia de la Virgen fué muy mansa.*

III. Aun es de mas entidad que la paciencia de la Virgen fué muy mansa, porque su corazon no sintió nunca el menor impulso de indignacion, de ira ó de venganza contra los que maltrataban tan cruelmente á su hijo. Al contrario dentro de su alma los encomendaba muy encarecidamente á Dios y le suplicaba por la muerte de su hijo les perdonase su ceguedad: cuando furiosos derramaban la sangre preciosa del mansísimo cordero, ella se la ofrecia al Padre eterno y le pedia apartase la vista de tan atroz carnicería y la fijase en el rostro adorable de su unigénito, que se daba en holocausto para impetrarles el perdón.

*La paciencia de la Virgen fué muy cumplida.*

IV. Por último su paciencia fué muy cumplida, porque con increíble perseverancia resistió hasta el fin para ofrecer á Dios un sacrificio cabal y perfecto. Así lo significó el evangelista cuando dijo que Maria, madre de Jesus, estaba en pie junto á la cruz, queriendo con esto dar á entender que aunque su corazon estaba anegado en un abismo de angustia y dolor, resistió hasta el fin sin temer la furia de los fariseos ó la felonía de los verdugos, sin espantarse de las tinieblas generales y del

Trat. 2, cap. 6, §. 5.

movimiento de todas las criaturas, perseverando inalterablemente fija en la consideracion de la inmensa paciencia, de la terrible justicia y de la infinita misericordia de Dios y en la expectacion invariable de la gloria de su mismo hijo y del cumplimiento de todas las promesas del cielo. No paró ahí su paciencia, sino que la acompañó hasta lo último de su vida aliviándole el fastidio del cautiverio y haciéndola sufrir mansamente la ausencia de su querido hijo mediante la fortaleza que le daba la palabra de Dios, la cual la guiaba por entre las revueltas de esta vida hasta el monte Horeb.

V. Ea pues, amados hijos de la Virgen paciente, acudid á esta escuela y aprended cómo debeis portaros en las aflicciones que os sobrevienen. Primeramente acordáos de que para llevar con justo titulo ese nombre precioso no basta mostrar una paciencia mediana, sino que ha de ser insigne y heroica á imitacion de la de Maria. Acordáos de recibir todo lo que os acontezca como venido de la madre de Dios, de aceptar con igualdad de ánimo las desgracias que permita caigan sobre vosotros, ya de parte de los malos, ya de los buenos, tanto de los parientes y amigos como de los extraños y enémigos, y recibidas con todas las circunstancias que las acompañen. Acordáos de que todos los lenitivos que busqueis por otro lado, no servirán sino de agravar vuestro mal y enflaquecer vuestro ánimo. Acordáos de que es demasiado honor para vosotros acompañar al Señor en sus trabajos; que Dios no ha usado de esta misericordia con todos; y que á los que han tenido mas resolucion que vosotros, les ha dado mejor parte de ellos, así como de las exquisitas gracias que acostumbra dispensar á sus amigos. Acordáos de que si arrugais el entrecejo, si volveis la cabeza y os quejais, retirará su mano con grandísimo perjuicio vuestro. Por tanto poned vuestro principal conato en alargar alegremente el cuello para

recibir su amable yugo y presentar la espalda para que descargue los azotes que quiera. Acordáos de que el consuelo mas puro consiste en padecer con Jesucristo; que son increíbles los frutos que cogereis de la paciencia, porque por ella purgareis vuestros pecados, os preservareis de caer en otros mayores, os perfeccionareis en la caridad y os asemejareis al rey del cielo; y que si los santos que están en las moradas eternas, pudieran envidiar alguna condicion, sería la de los que padecen por Dios y con Dios como vosotros.

VI. Vaya vuestra paciencia acompañada de una verdadera mansedumbre cristiana, y nunca os acontezca murmurar de este ó de aquel, ni acusar á nadie, ni conservar ira ó encono en vuestra alma contra aquellos que os han proporcionado males. Besad mas bien la mano de Dios que os aflige; pedid por ellos de todo corazon y procurad tenerlos por los mejores amigos, pues os proporcionan el mayor bien de todos. Mostrad este sentimiento en lo exterior, y que experimenten ellos los efectos de un corazon verdaderamente cristiano cuando se ofrezca la ocasion. No aguardeis á que vengan á buscaros aquellos á quienes habeis ofendido; antes id vosotros á buscarlos: ese es el medio de ganar los corazones mas fieros, alcanzar el perdon de sus pecados y llegar en poco tiempo á una altísima perfeccion.

VII. Por último tened siempre presente esta máxima de S. Gerónimo: que no basta haber principiado bien: que entre los cristianos no tanto se atiende á los buenos principios como á los santos resultados; y que entre todas las virtudes que bajan á la palestra, sola la perseverancia es coronada. Levantad á menudo los ojos á aquel que os espera al fin de la carrera, y que para alentarnos se burló de sus enemigos, cuando le incitaban á bajar de la cruz y dejar imperfecta nuestra redencion. Confortáos con el pensamiento del descanso eterno que

no os puede faltar, y mucho mas con la consideracion del gusto que el cielo todo recibe de veros en la pelea, especialmente el rey Jesus, que os prepara la palma y la corona, así como os hizo partícipes del combate. En esos devotos afectos como en una hoguera celestial se encenderá y conservará el fuego de un deseo ardiente de padecer siempre mas por Dios, el cual consumirá en vosotros todo lo que pudiera ser contrario al amor puro, y os llevará al empireo, donde nunca se extingue ese fuego celestial.

§. IX.—De su admirable mansedumbre y cómo debe ser imitada por todos (1).

Segun el angélico doctor la mansedumbre es una apacibilidad de espíritu que proviene de cierta bondad de corazon y tiene horror á todo aquello que puede contristar al prójimo. Esta es la razon por que está estrechamente unida á la caridad y ocupa un lugar entre las principales virtudes. S. Basilio la llama la mayor de todas (2), y dice que por ese motivo mereció figurar entre las primeras bienaventuranzas. Esta consideracion debiera de bastar para persuadirnos á que la madre de Dios no podia menos de tenerla en un grado muy excelente. Con efecto si la caridad fué en ella tan perfecta como hemos visto; ¿no es preciso que fuese muy completa la mansedumbre, que la acompaña siempre? Si la mansedumbre es una virtud régia, segun vemos por S. Ambrosio (3); ¿hubiera sido congruente que no la poseyese en toda perfeccion la reina del universo? Si en frase del Crisóstomo (4) esa es una de las primeras pren-

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va en la nota N al fin del tomo.

(2) S. Bas., in ps. XXXIII.

(3) Lib. 2 offic. 7.

(4) Homil. 23 ad popul. antioch.